

Desventuras de un Cisne



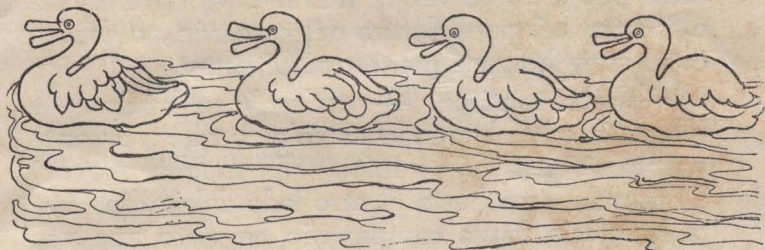
J. BALLESTA — Editor

ALSINA 2006
Buenos Aires



00163235

117665-
006



DESVENTURAS DE UN CISNE

En medio de un espléndido paisaje campestre levantábase un viejo castillo rodeado de profundos fosos llenos de agua y cuyos muros desaparecían bajo un verde tapiz de yedra.

En una tronera de esas murallas había puesto su nido un pato hembra, y empollando los huevos se impacientaba por ver a los polluelos salir del cascarón, cansada de la soledad en que la dejaban sus comadres, que pasaban el día zambulléndose en el agua.

Por fin abrióse un huevo, sonó un “¡Pip! ¡Pip!” y se asomó una cabecita de pato. Al día siguiente, un segundo pato hizo lo mismo, luego un tercero; y pronto pudieron decir “¡Rap, rap!” asomando las cabecitas sobre el follaje.

—¡Qué enorme es el mundo! — fué la primera frase que lanzaron los incautos pollitos al

pisar por primera vez la tierra. Y es natural que opinaran así, pues dentro del cascarón no debían estar muy holgadamente que digamos.

—¡Pero tontitos! — exclamó su madre. — ¿Pensáis que el mundo es solo lo que véis ante vosotros? No, hijos míos. ¡Es mucho mayor! El mundo llega hasta el otro lado del jardín, hasta la iglesia, cuyo campanario he visto una vez desde lejos; pero no me he atrevido a llegar hasta él.

—Vamos a ver — dijo la madre levantándose del nido. — ¿Habéis salido tođos? ¡Oh! Todavía no. Veo que el huevo más grande permanece intacto. ¿Ha de durar mucho este engorro? Francamente ya empiezo a estar cansada.

Y de buena o mala gana volvió a acurrucarse cubriendo el huevo.

—¿Qué tal va? — le preguntó una ánade vieja que fué a visitarla.

—¡Ah! — contestó. — Estoy pasando la pena negra con uno de mis huevos que no quiere abrirse. Mirad, en cambio los polluelos. ¿Habéis visto nunca patitos más hermosos?

—Vamos a ver ese huevo que no se quiere romper — dijo la vieja. — ¡Oh, amiga mía! Ese huevo no es vuestro, ese huevo es un huevo de pava. A mí también me engañaron en una ocasión. Figuráos que, después de pasar horribles trabajos para empollarlos, no pude conseguir de ninguna forma que los pollitos entraran en el

agua. ¡Fué un ridículo espantoso! . . . ¡Cuánto se rieron de mí las vecinas! ¡Sobre todo la señora oca, que como sabéis, es tan engreída y tan tonta! . . . Pasé tan malos ratos con los malditos huevos y con los estúpidos pollos, que nunca se me olvidarán mientras viva.

Y añadió:

—Creedme. Es un huevo de pava. Yo en vuestro lugar lo dejaría ahí, y me dedicaría como es natural, a enseñar a nadar a los pequeñuelos.

—¡Bah! — contestó la madre. — Después de tanto tiempo quiero cubrirlo aún algunos días y veremos en qué para.

—Tiempo perdido — contestó la vieja. Y se marchó.

Por último rompió el huevo, y al grito de “¡Pip, pip!” salió un pato muy grande, muy feo y muy mal conformado.

—¡Dios mío, qué horrible monstruo! — exclamó la madre. — Este sí que no se parece a los otros. ¿Será realmente un pavo? Pronto lo sabré. Iremos al agua, y si no entra en ella de buen grado lo zambullo por fuerza.

A la mañana siguiente como hacía un tiempo magnífico la madre salió por primera vez con toda su familia y llegó al borde de el foso.

“¡Plas!” ya está en el agua. “Rap, rap” dijo, y los pollos uno tras otro la siguieron desapareciendo bajo el líquido elemento, volviendo a aparecer en seguida, nadando con rapidez. Y el pa-

tazo pardo iba entre ellos moviendo las patitas con la misma destreza que sus hermanos.

—¡Ese no es pavo! — dijo la madre. — ¡Es hijo mío! Después de todo no es tan feo como parece a primera vista.

Y seguida de sus hijos, se dirigió al gran estanque para presentarlos a los vecinos. Cuando llegaron reinaba en aquel lugar un tumulto extraordinario: dos bandadas de patos se disputaban a picotazos una cabeza de anguila, y en lo más recio de la pelea, el gato, que parecía dormir acurrucado en la orilla, no hizo más que estirar la pata, llevó a tierra su presa y la devoró.

—Ved y aprended, hijos míos — dijo la madre. — El mundo está lleno de sorpresas y asechanzas... Ea, pues, doblad el cuello y saludad al viejo pato que anda por allá. Es de pura raza española... Ahora ensayaos a decir 'rap, rap' a coro... No metáis los pies hacia adentro que es de mal gusto, echadles hacia afuera como yo...

Y así, dándoles consejos, y recibiendo iban nadando entre los otros patos que refunfuñaban diciendo en alta voz:

—¡Vaya!... Una nueva pollada todavía!... Como si por lo que nos dan de comer no fuésemos bastantes.

—A fe mía que esto pasa de castaño obscuro, — dijo un pato joven y ardoroso, y al aperibirse del pollo feo, añadió: — ¿Habéis visto qué tipo? ¡Ah! A este sí que no podemos admitirle.



POR FIN, ABRIOSE UN HUEVO.

Y echándosele encima empezó a darle picotazos en el pescuezo.

—¡Bribón! — gritó la madre. — Déjalo, que el pobrecito no hace daño a nadie.

—Es cierto — contestó el agresor. — Pero a su edad es demasiado grande, y además tan feo que deshonra nuestra casta.

Entonces se acercó a la pata el viejo y solemne pato español, el cual al ver a la nueva pollada, exclamó:

—¡Qué lindos patitos! Realmente, señora pata, ha tenido usted unos hijos preciosos. ¡Qué graciosamente andan! Bien se vé que son hijos de unos patos de calidad. Pero es una lástima que ese otro sea tan feísimo. Verdaderamente desluce a sus hermanos.

—Tenéis razón — contestó la madre, — el patito no es muy lindo; pero, en cambio, es muy bondadoso y nada divinamente. Si le vieráis en el agua es mucho más ligero que los demás. Tengo confianza de que, con el tiempo, se irá arreglando, pues su deformidad es producida por haber estado dentro del huevo demasiado tiempo.

No obstante eso, la nueva pollada fué bien acogida por la banda, excepto, claro está, el patito feo, que se vió perseguido y matraqueado, y mordido sin cesar. Las pollas se reían de él y lo encontraban ridículo. El pato no gozaba un instante de reposo, no sólo le zarandeaban continuamente durante el día, sino que hasta de noche el recuerdo de tantas picardías no le dejaba ce-

rrar los ojos. Sus penas iban en aumento de día en día, pues hasta sus hermanos de la pollada se mofaban de él, diciendo:

—¡Que no te atrape el gato, horrible criatura que nos avergüenzas!

Y la misma madre que en un principio le defendía acabó por decir:

—¡Mala suerte hayas!

Todo el mundo lo maltrataba. Hasta la criada encargada de servirles la comida, le odiaba y cuando el pobre animalito se acercaba a ella, intentando atrapar algún grano con que alimentarse, le daba una patada diciéndole:

—¡Quita de aquí, horrible animalucho! ¡Qué ganas tengo de que crezcas a ver si te matan y nos vemos libres de tu desagradable presencia!...

Por fin un día no pudiendo aguantar más, tomó vuelo por encima del seto y pasó jardines y campos, mientras los pajarillos huían espantados al oír el extraño rumor de sus alas todavía inexpertas.

— “Se espantan porque soy feo”, — pensaba el infeliz, cerrando los ojos para no ver el desastroso efecto que causaba por doquier su aparición.

Y volando, y alejándose cada vez más de los lugares de su nacimiento, llegó al gran pantano que habitan las ánades silvestres, y allí hizo alto, pasando la noche entre juncos, triste y cansado.

Al día siguiente acudieron ánades silvestres de

todos los lados, contemplando con curiosidad al recién llegado.

—¿De dónde vienes? — le preguntaron. — ¿A qué casta perteneces?

Y el pato hacía saludos a todo el mundo con aquel embarazo propio de un ser que se avergüenza de su mala figura.

—Puedes envanecerte de ser horriblemente feo — añadieron las ánades. — Pero no importa, mientras no te hayas metido con alguna de nuestras hijas.

Estaban diciendo esto cuando de repente se oyó “¡Pif! ¡Paf!” y dos ánades cayeron muertas en el agua. “¡Pif! ¡paf!” se oyó nuevamente, y grandes bandadas de aves acuáticas se elevaron desde los cañaverales huyendo en todas direcciones. Era una gran cacería. Resonaba el estrépito de los disparos, y mientras los cazadores llegaban a la orilla de la laguna, el humo de la pólvora se cernía sobre el espacio, los perros corrían por todos lados y “flas, flas” se arrojaban al agua, tronchando y doblando juncos y cañas, acercándose al escondite del desventurado pato.

El pobre animalito temblaba como un azogado y a cada nuevo disparo veía llegar la muerte. Entonces casi se arrepentía de haber dejado a su madre y haber salido a correr mundo. Cuando más triste estaba y más ensimismado en sus negros pensamientos, sintió al lado suyo un jadeante y ardoroso aliento. Entreabrió los ojos y vió a



LAS POLLAS SE REIAN DE EL.

un enorme perrazo de caza, que le miraba con ojos extrañados y le olfateaba con precaución.

—¡Ahora sí que ha llegado mi última hora; — pensó el patito, cuyas plumas se erizaron a causa del miedo, dándole un aspecto más repugnante todavía.

Pero no fué así. El perrazo, después de mirarle despreciativamente, salió corriendo en busca de una presa más digna de su distinguido hocico.

—¡Gracias a Dios! — pensó el patito en cuanto se hubo repuesto del susto. — Este condenado perro se conoce que se ha asustado de verme tan horroroso. ¡Menos mal que en una ocasión la fealdad me sirve para algo! . . .

Afortunadamente en ese momento los cazadores tocaron retirada, pero aún el pobre animalito permaneció algunas horas sin moverse, hasta que después de tomar mil precauciones, salió del agua y a toda prisa atravesó campos y prados, afrontando una gran tormenta, que no le permitía avanzar con la precipitación que hubiera deseado.

Por fin al anochecer llegó a una pequeña y miserable choza campestre, muy vieja y arruinada. El viento soplaba con tal fuerza alrededor del fugitivo que para no caer derribado le fué preciso resguardarse al abrigo de la choza. Notó que a la puerta le faltaban los goznes y viendo una abertura se coló dentro de la habitación. Vivía en aquel lugar una vieja con su gato y una gallina. El gato a quien llamaba "hijo mío" sabía

arquear el lomo y hacer rom rom. La gallina tenía muy cortas las piernas, pero ponía huevos excelentes, y la mujer la quería como a una hija.

Hasta el amanecer no notaron la presencia del intruso, pero como el gato empezara a gruñir y la gallina a cacarear, la vieja preguntó mirando a su alrededor:

—¿Qué tenemos?

Y al apercibir al fugitivo acurrucado en un rincón, lo tomó por hembra y exclamó:

—¡Qué suerte! Voy a tener huevos de pato, y los haré empollar.

Con esta idea prodigó atenciones al recién llegado y lo alimentó bien; y fueron aquellos los primeros momentos felices de su vida. Pero cuando notó la mujer que los huevos no venían volvieron a empezar las tribulaciones para el patito feo. La gallina era la señora de la casa, o poco menos, y al hablar decía siempre “nosotros” y “los otros”, entendiéndose por nosotros a ella, la vieja y el gato; y por los otros, al resto del Universo, que en su concepto, estaba muy por debajo de los tres.

El pato se permitió expresar su opinión contraria, y encolerizada la gallina, le preguntó:

—¿Sabes poner huevos?

—No.

—Entonces, cállate, que al fin y al cabo no eres nadie en el mundo.

Y el gato le preguntó a su vez:

—¿Sabes arquear el lomo, hacer rom rom, y echar chispas?

—No.

—Entonces, ¿con qué derecho quieres tener opinión propia?

Y el patito no tuvo más remedio que callarse acurrucado tristemente en su rincón, porque volvía a ser desgraciado.

—Creo que lo mejor será que me vaya a dar una vuelta por el mundo para despavilarme un poco — dijo entonces como al acaso.

—En efecto — le respondió la gallina. — Un viaje no te sentará mal. Pues veo que eres muy palurdo.

Y el patito se fué nuevamente en busca de mejor suerte, sin percatarse de que era ya el otoño y el tiempo se tornaba inclemente. En efecto, las hojas de los árboles estaban ya amarillas, y el viento se las llevaba formando remolinos. El invierno se acercaba amenazador, y espesas nubes preñadas de nieve tapaban el sol. Así en tan mala estación era natural que el patito feo pasara enormes tribulaciones.

En el invierno la vida fué muy dura para el pobre animalito, pues además de que la comida escaseaba, el agua de los estanques se iba convirtiendo en hielo amenazando con helarle a él también. Así es que el patito tenía que mover sus patas continuamente, de día y de noche, para evitar que el poquito de agua en que nadaba, se congelase. Pero una noche, rendido por la fa-

tiga, se durmió y se encontró prisionero entre el hielo.

Un campesino lo vió en aquel estado y rompiendo el hielo, lo libertó y se lo llevó a su mujer. Tanto ésta como sus hijos, recibieron al pato con grandes muestras de regocijo; pero que el patito, acostumbrado como estaba solo a malos tratos, interpretó como señales de desagrado. Y creyó que una nueva era de sufrimientos comenzaba para él. Huyendo de los que él creía sus perseguidores, se metió en una olla llena de leche y la derribó. Entonces la mujer le pegó y el pato, intentando escapar, cometió toda suerte de estropecios, por los cuales le persiguieron más y más. hasta que un golpe de aire abrió la puerta y el patito feo escapó de nuevo, en busca de mejor suerte.

Sería muy triste contar todas las miserias y trabajos que tuvo que soportar durante aquel crudo invierno. Pero reapareció el sol, cantó la alondra y brilló la primavera con todo su esplendor y sus galas.

En tanto el pato había crecido mucho: sus alas eran robustas y sin darse cuenta un día se elevó en los aires alcanzando una altura que nunca había imaginado. Después de hender el espacio a su sabor, bajó a tierra y se encontró en medio de un hermoso parque lleno de saúcos y ojicantos floridos. Por entre flores y arbustos serpenteaba un límpido arroyo que iba a desembocar en un grandioso estanque rodeado de césped.



VIVIA EN AQUEL LUGAR, UNA VIEJA.

¡Qué bello era aquel sitio con sus umbrías frescas y regaladas!

De pronto el pato vió tres hermosos cisnes mecándose en el lago. ¡Qué soberbias aves! ¡Y con qué rapidez surcaban el agua, en tanto que el vientecillo hinchaba sus alas desplegadas como las velas de un buque.

Al verles, el pato se sintió dominado por dulce melancolía, y se dijo:

—No hay más, quiero ir con ellas, con esas aves regias; quiero admirarlas de cerca, aunque luego me maten.

Y echando pecho al agua púsose a nadar corriendo al encuentro de los cisnes y éstos por su parte en cuanto lo vieron, se precipitaron hacia él batiendo las alas.

—Ya sé que váis a matarme — dijo el pobre animal e inclinó la cabeza hacia la superficie del agua esperando la muerte.

¿Pero que vió en el espejo que formaba el agua transparente? Su propia imagen, que ya no era como antes la de un ave mal conformado, de un color pardo sucio, fea y repugnante, sino la de un precioso cisne? Al fin y al cabo la raza prevalece siempre y un día u otro se revela. Y ahora conocía la felicidad al ver a los cisnes que le rodeaban, y le acariciaban blandamente con sus picos.

Algunos niños se acercaron a echar migas de pan a las bellas aves y el más pequeño gritó:

—¡Hay otro nuevo!

—Sí, sí, es verdad — exclamaron los demás, saltando y dando palmadas de contento.

Después corrieron a llevar la noticia a sus padres y volvieron al estanque trayendo pasteles y otras golosinas para obsequiar al recién llegado.

—¡Qué guapo es! ¡Qué gallardo! ¡Qué gracioso! ¡Es el más bonito! — se oía decir.

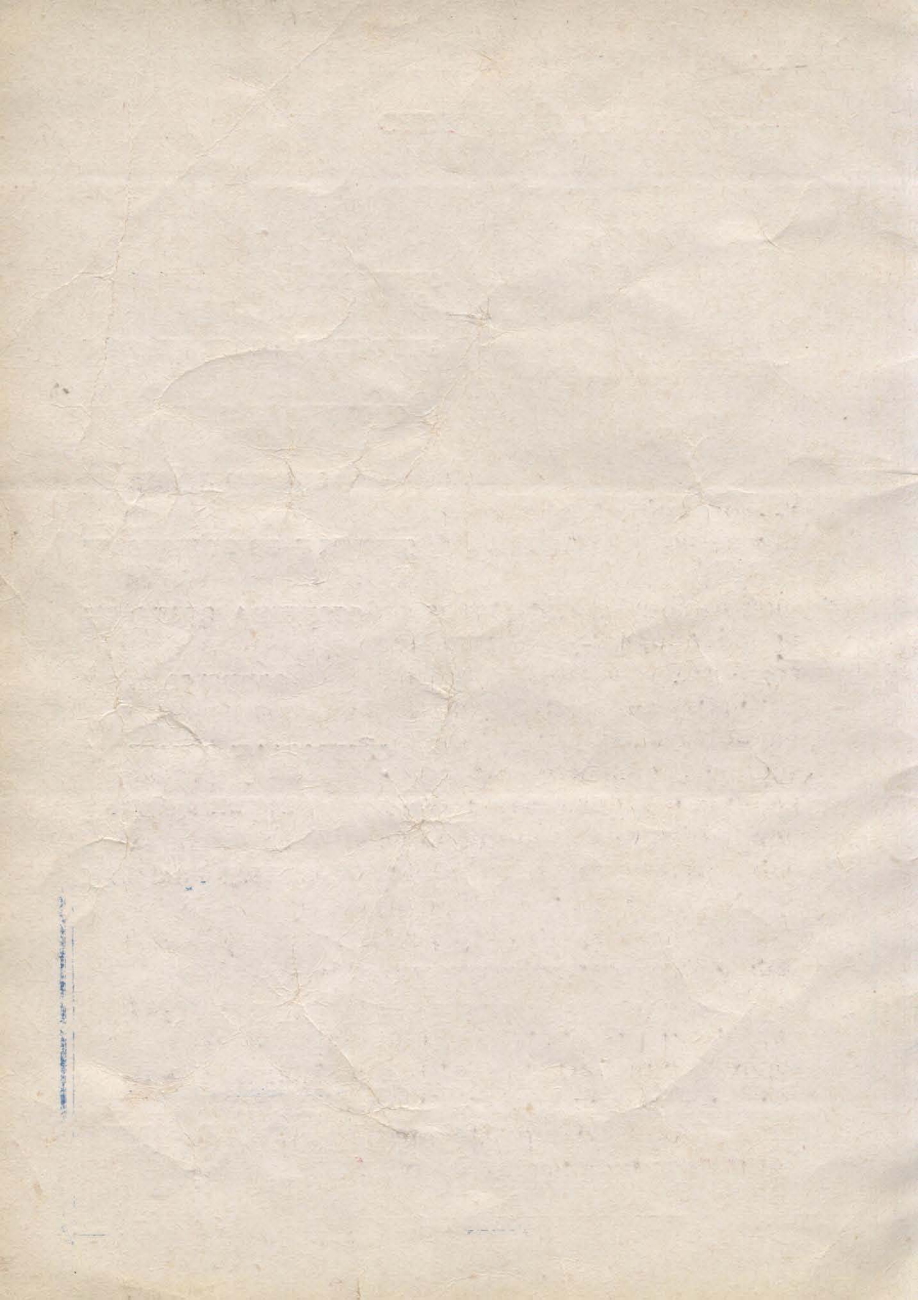
El cisne se sentía avergonzado, y en vez de pavonearse con soberbia como tantos otros que se elevan de la nada, ocultó la cabeza bajo el ala, pensando en las crueles persecuciones que había tenido que sufrir antes de oírse llamar la más hermosa de aquellas aves. ¡Oh! Y pensar que iba a reinar con ellas en aquel delicioso estanque!

Irguió su cuello gracioso y flexible, levantó sus alas, y se deslizó con elegante abandono por la superficie de las aguas, exclamando interiormente lleno de alegría:

—¡Cómo podía imaginarme tanta dicha, ni aún en sueños, en aquellos tiempos en que no era más que el pobre patito feo!

— FIN —

SC
Lij
C-LAN
03



La Alegría de los Niños

SERIE PRIMERA

- | | |
|-------------------------|------------------------------|
| Amor de madre | Barba Azul |
| La Pulgarcilla | La Cenicienta |
| El Avaro D. Rodrigo | El gato con botas |
| Bajo el Sauce | Caperucita Roja |
| El Cardo Vanidoso | La Reina de las
Morcillas |
| Aventuras de 4 ratitas | La princesa dormida |
| El mejor destino | Piel de Asno |
| El trompo enamorado | Las tres princesas |
| Desventuras de un cisne | Grisélida |
| El escarabajo presumido | Pulgarcito |

CADA TOMITO 10 centavos.